

ESTUDIOS DE VIAGES.



La quinta del Valle.

LA QUINTA DEL VALLE.

La preciosa vista que presentamos á nuestros lectores, situada en uno de los puntos mas pintorescos de las Pro-

SEGUNDA SERIE.—1857.

vincias Vascongadas, ha sido formada enteramente por mis cuidados y he procurado hacer de ella una especie de quinta modelo para utilidad de mis convecinos.

Yo me había educado en un colegio y al salir, habiendo permanecido algun tiempo en Madrid, me veia continua-

AÑO XV. 21.

mente en el café y en el teatro con varios amigos, con algun detrimento de mi bolsa. Inútil á los demás y á mi mismo, veia empobrecerse todo en torno mio, hasta mi inteligencia, y meditaba escribir dramas y zarzuelas, tratando restablecer así mi hacienda y algun poco de mi ingenio. Probablemente se hubiera disipado este proyecto como otros tantos ensueños, cuando una mañana, en el momento que estiraba mis miembros y mis quijadas y me disponia bostezando á emprender mi trabajo ordinario, que era pasear por Madrid, desliendo en un día el trabajo de una hora, recibí la visita de una persona que no conocia. Aquella persona vestida de negro de pies á cabeza, me hizo sostener un interrogatorio que solo interrumpia para consultar de cuando en cuando un librito de memoria negro como él, y repetir: es por interés de vd., caballero, por lo que le hago estas preguntas.

Aquel personage misterioso concluyó por declararme que podria muy bien ser que un tal don Juan Guillermo Perez, muerto *intestado* y sin haberse casado, pudiese haberme nombrado su heredero.

—Ya lo creo, respondi yo, era el hermano único de mi pobre madre. Riñó con ella cuando se casó, y los dos, mi padre y mi madre, han muerto sin volverle á ver. ¿Pero qué habrá podido dejar un labrador terco, grosero, avaro, como no sean sus cochinos, sus vacas y tal vez sus gallinas?

—Deja en los alrededores de Bilbao una hacienda de doscientas á trescientas fanegas, sin comprender la parte de monte y castañares; respondió el hombre vestido de negro. La renta de la propiedad es desconocida, porque la cultivaba él mismo sin llevar cuentas, ni libros, ni registros, y en cuanto habia acumulado alguna cantidad cuarto á cuarto compraba algun trozo de tierra. Mi corresponsal me dice que parte de la tierra está sin roturar. Parece que el difunto no hacia caso de los nuevos sistemas, limitándose á aumentar y dejando descansar una buena parte de ellas.

Desde aquel momento, como se puede conocer, mudé de plan; ya no traté de escribir dramas. Era en efecto, heredero legal, y mi tio me habia dado una pequeña posicion. No se hereda con facilidad; es preciso probar la identidad de la persona, hacer reconocer los derechos, pasar por las detenciones de la justicia y de la negra comitiva que la rodea.

En fin, al cabo de dos años de trabajos, fatigas y cansancio de todo género, me encontré propietario en forma de un vasto terreno, parte de tierras labrantías, parte de prados, de productos raquíticos y miserables. Al recorrer mis bosques que, salvo algunas escepciones, tenian el aspecto de bosques vírgenes, soñaba en la caza aunque fuese bastante miope, y jamás hubiera usado escopeta, ni aun el fusil de miliciano, habiéndome eximido alegando mi cortedad de vista.

Los edificios de la *quinta del Valle*, este era el nombre que tenia en los títulos mi hacienda, habian sido edificadlos ó reparados por una série de propietarios á medida de la necesidad y diversas utilidades de servicio. El aspecto pintoresco y campestre del sitio me gustaba desde luego. Un riachuelo guarnecia el verde césped, que á su vez le servia de contrafuerte en los progresos de su inconstante nivel.

Sobre todo me entusiasmó ver el fondo de sus aguas claras, límpidas, murmurantes, en torno de las que descolaban entre la apiñada yerba multitud de flores acuáticas, y que huyendo bajo las bóvedas de los árboles solo se percibia de distancia en distancia brillar sus pliegues de plata.

Cuando llegué á tocar lo positivo me sentí menos contento, y las noches que pasaba en claro calculando, me manifestaban bien la realidad de la fábula de la lechera.

En la vida uniforme que habia tenido en Madrid habia aprendido algunas cosas: sabia calcular y habia adquirido hábitos de regularidad y de órden. Los inflexibles números me probaron que pronto variaria de dueño el terreno de mi hacienda ó peligrarian mis tierras si llevaba en Vizcaya la vida ociosa y pródiga de un rico elegante. El Nervion, como una barrera natural, separa terrenos diversos y de diferentes clases. Mi hacienda se hallaba situada sobre la orilla derecha del rio y en un terreno arenoso. No se podia arrendar sino á un precio muy bajo, y los que se presentaban á arrendarla ofrecian todavia menos garantías como capitalistas que como capacidades.

¿Habia de vender aquella hermosa márgen del rio, aquellos sombríos árboles? ¿No habia de conservar de ellos mas que el dibujo en un cuadro en mi cuarto y perder en flor toda la importancia de mi propiedad? Vender..... Solo podia hacer un contrato ruinoso.

Para lanzarme en el agiotage de la Bolsa, donde me inclinaban algunos de mis nuevos amigos, sabia demasiado los reveses del peligroso juego de los fondos; habia visto fortunas mas considerables que la mia derrocarse en pocos dias.

No quise fiarme, ni en las engañosas acciones de caminos de hierro, ni en las fluctuaciones de los fondos extranjeros ó nacionales. No sabia qué partido tomar con mi propiedad.

Un fabricante, que ademas de su fábrica era propietario de tres hijas y que decian estaba lleno de deudas, se hallaba dispuesto á tomarme por su asociado, poniendo yo el dinero y á pagarme un interés mas que razonable. Su muger me convidaba con frecuencia á comer y me sentaba junto á su hija mayor, bastante bonita, haciéndome valer la menor de sus gracias.

Pero por el espíritu de contradicción inherente á la naturaleza humana, que tal vez no es mas que la espresion del espíritu de libertad, tomé antipatía á aquella jóven, á quien mi presencia embarazaba, y que no entraba probablemente para nada en los proyectos que sus padres habian formado sobre mí.

¿Qué hacer? Esta pregunta me consumia por el día y me despertaba por la noche, y no sabia qué contestarme; pero me cansaba mi ociosidad. Traté, pues, de hacer una visita cerca de Vitoria. Mi amigo el fabricante me habia llevado á casa de un rico propietario con el que se hallaba en relaciones.

Hallé una casa de lujo con su espléndido parque, hermosas vistas, estufas dignas del jardin de un rey; en fin, todo lo que pueden los millones, y la dueña de la casa, ó por mejor decir, de aquel palacio, hacia los honores de ella con afabilidad y distincion. Despues que nos hizo recorrer las habitaciones, suntuosamente amuebladas, la amable ciceroni nos dirigió hacia un lindo patio diciendo que queria enseñarnos sus favoritas.

En efecto, entramos en un curioso establo construido al estilo de los que se hallan en Suiza, y allí nos hizo ver una porción de vacas, que, con su elegante mano cubierta de un blanco guante acariciaba. Gran contraste ofrecía la elegante figura de aquella hermosa señora cubierta de encajes y de seda con las corpulentas vacas á quienes hacía cosquillas con el mango de su rica sombrilla y acariciaba con sus delicados dedos.

Quise hacer valer ante esta señora los conocimientos en agricultura que habia yo lucido en los folletines de los periódicos que con tanta frecuencia se publican en Madrid, y donde habia yo recibido el grado de doctor. Pasé unos ocho dias en aquella casa tratando con sus huéspedes sobre los trabajos, ó mas bien, los placeres de su espléndida explotación.

Una fortuna grande les permitía ensayar las máquinas mas nuevas, los procedimientos mas curiosos. Como el poseedor de la *Lámpara de Aladino* en las *Mil y una noches*, bastábales querer para que todos los obstáculos desapareciesen ante el talisman de la época, el oro, y el inteligente empleo de inmensos capitales creaba en torno suyo un verdadero paraíso terrenal embellecido con los productos del mundo entero.

Sin embargo, la reina de aquella bella mansion, que solo venia á pasar las temporadas de verano á su deliciosa quinta, se complacía en ella mas que en sus diversiones de la corte. Entonces yo reflexioné que podria ser una luz provechosa para los campos inmediatos á mi hacienda, un promovedor de procedimientos útiles, un centinela avanzado de los progresos que, no solo pueden plantear los ricos propietarios, sino que es su deber hacerlo. En su casa deben encontrarse las mejores razas de animales domésticos, el caballo padre, el morueco, el toro que pueda mejorar las castas que debe perfeccionar, tratar de alimentar las extranjeras que pueden ser ventajosas á su país, importar los instrumentos de agricultura mas útiles, favoreciendo y popularizando las máquinas mas ingeniosas, los mejores medios de labrar la tierra.

La agricultura, como todas las otras ciencias, no adelanta sin hacer sacrificios de tiempo y de dinero, y esto lo puede hacer el rico. El mejor curso, la mejor obra de enseñanza para los labradores es el ejemplo que se les da, es el modo de cultivar sus propiedades.

Estas ideas las adquirí allí, y me tuvieron mucho tiempo preocupado; la noble ambición que acababa de entrar en mi corazón exigía inmensos capitales que me faltaban; pero suplí con fuerza de voluntad á ella, é hice un viaje á París y Londres para estudiar por mí mismo lo mejor de la agricultura.

Conoció la dificultad de lo que emprendia. Empero joven, robusto y resuelto sentí que nada podia desanimarme. Recorrí en Londres y en París las exposiciones de horticultura, las galerías de máquinas, y pensé volver á mi país para ensayar por mí mismo aquellos métodos y explotar mi finca. No solo limité mi viaje á Francia y á Inglaterra, sino que fui á Escocia llevando una gran recomendación para una de las quintas ó granjas modelos. Fui, pues, á la quinta de *Tiptre-all* que visitaban todos los curiosos. Allí vi diversos útiles é instrumentos de labranza y oí al dueño de la casa decir á uno de sus dependientes que enganchase é hiciese adelantar un trillo nuevo y mas cómodo que los conocidos.

—El trillo de Garret, le contestó, está alquilado desde la última semana en la *quinta del Valle*, y no le traerán hasta mañana.

Este nombre de la *quinta del Valle* me llamó la atención y me causó gran sorpresa á causa de la coincidencia del nombre con la mia. El dueño de la casa creyó que yo me admiraba de verle arrendar sus máquinas, cuando en su explotación debía tener necesidad de todos sus agentes, por obtener mezuquinas economías y provechos. Me explicó como la viuda Wiliers, la arrendadora del *Valle*, era una escocesa establecida en aquellas inmediaciones, antes que él hacia treinta años. Tan favorable y cumplida relación me hizo de aquella familia, que tuve el mayor deseo de ir á ver aquella otra *quinta del Valle* y conocer á la dueña y su familia. Con una recomendación suya fui á la casa de la viuda de Wiliers.

Allí me acogieron con aquella franca hospitalidad que recuerda lo que todos hemos leído de las costumbres escocesas de Walter Scot. Allí todo estaba en orden; toda la familia contribuía en su propiedad al bienestar y felicidad de todos. Cuando el descanso de la tarde reunía á la familia, el placer de volverse á ver despues del trabajo del día, se pintaba sobre todos aquellos rostros, y la hermosa frescura de los mas jóvenes resistía al trabajo que tenia para ellos una realidad magnífica. La abuela, como llamaban todos á la viuda, y como la llamé bien pronto yo mismo, presidía la comida. Yo me acuerdo siempre de la *quinta del Valle* porque desde aquella época data mi felicidad y soy rico en todos los goces que constituyen el tesoro de la familia.

Allí vi por la primera vez á la nieta de la viuda de Wiliers, allí permanecí algunos dias, y cuando salí de la *quinta* llevé conmigo el mayor tesoro. No salí solo de la *quinta del Valle*. La abuela, que habia recibido mi primera confianza y que habia preparado á su hija á concederme el tesoro de su nieta que queria traerme conmigo, vió salir á esta apoyada sobre mi brazo, y separarse llorando y risueña, á la vez de su patria y de los que la habian rodeado y protegido en la infancia para venir á formar una nueva familia conmigo.

Esta es mi querida muger Angela Wiliers que me enseña, con ayuda de las buenas nociones adquiridas en su país, á fecundizar lo que hay de excelente en el nuestro. Con esta querida compañera he encontrado el medio de proporcionar á los labradores de la vecindad máquinas demasiado caras para ellos y para mí. Ella me ha sugerido la primera idea de una suscripción que poco á poco ha ido creciendo y á la que nosotros hemos contribuido en la mayor parte. Así entre varios labradores se han comprado máquinas útiles que prestan sucesivamente servicio á todos los suscritores, despues se alquilan á los que tienen necesidad de ellas y se han suscrito para esto, y últimamente se prestan gratis á los mas pobres. La prosperidad va creciendo al rededor de la *quinta del Valle*, fundada sobre los excelentes principios de la asociación y una concordia sincera y una caridad mayor, y puedo decir que soy feliz, porque ya no estoy solo, tengo un objeto al que me aproximo siempre y que embellece lo presente adornándolo de los mas brillantes colores.

Es escusado decir que mi *quinta del Valle* ha adquirido un grandísimo desarrollo.

J. M. G.

ESTUDIOS LITERARIOS.

EL HOMBRE DE MAR.

LEYENDA FANTASTICA.

Ne quid nimis.

PEDRO.

La ambicion no es otra cosa frecuentemente, sino un deplorable resumen del orgullo, de la avaricia y de la envidia; tres esencias de la inteligencia que se amalgaman fácilmente, y se sostienen en triple fuerza. Lo que sigue es, mas que leyenda una antigua tradicion popular. La creemos original de Flandes, de donde la hemos tomado. Se ha esparcido tambien por Inglaterra, Holanda y Alemania; de este último pais se ha transportado á Francia, y los aficionados la han podido leer, algo alterada, algo mas vaga que aqui, en una agradable coleccion, titulada, creemos: *Cuentos góticos para uso de jóvenes y ancianos niños*. Nosotros la admitimos en el Museo, como un mordaz apólogo de la ambicion.

Ostende, antes del siglo XVII, no era mas que una aldea, un monton de ruinosas casitas, cubiertas de cañas, habitadas por pescadores. Desde el gran sitio de Ostende de 1601, fué cuando empezó á ser una ciudad de alguna importancia. Pero, mucho antes de esta época, hacia el año 1000, la triste playa de Ostende no presentaba á la vista mas que un mar inseguro y malo, arenales movedizos, barrancos, y en las pequeñas hondonadas donde se creía estar al abrigo de la tempestad, miserables chozas donde se encenagaban pobres gentes que vivian de la pesca.

Habia por entonces alli, en una quebrada pequeña, una especie de choza construida de ramaje y restos de velámenes, donde vivia un jóven que se llamaba Tweek, y que pescaba todo el dia. Se habia casado con Lisbeth, hija de un pescador al que hacia mucho tiempo habia tragado el mar; porque aquellas pobres gentes le pertenecian casi todos. Lisbeth era una belleza en andrajos; pero á despecho de su miserable posicion, era de una alma grande y altiva. Tenia ambicion y orgullo; sabia que la tierra contenia hombres que vivian en el esplendor. Soñaba en el oro, en el poder y en el lujo; envidiaba lo que veia muy por encima de ella; su corazon era combatido por el deseo de dominar y deslumbrar. Se habia casado con Tweek, porque necesitaba casarse con alguno; le amaba porque era bondadoso y dócil; permanecía en su choza y en su foso, porque no tenia medios de ir á otra parte. Aquella habitacion, sin embargo, le hacia feliz á Tweek, que era bueno y amaba entrañablemente á su muger.

Un dia que estaba sentado á la embocadura de la bahia arenosa, que forma hoy el puerto de Ostende, miraba

atentamente su sedal, en una mar tranquila, cuando el corcho se hundió violentamente en el mar; y Tweek, tirando suavemente del anzuelo, vió salir á flor de agua un pescado grande que tenia una cresta en la cabeza y las agallas doradas. Aumentó su sorpresa cuando el pescado arrastrado sobre la arena le dijo con voz suplicante: «¡Oh buen pescador! os suplico me deis vivir á mi modo; no soy un verdadero pescado; victima de un hechizo, soy un antiguo príncipe encantado: buen pescador, déjame vivir en libertad.»

Tweek que sabia que los pescados son mudos, no pudo oír hablar á este sin palidecer y sobrecogerse.

—¡Oh! dijo, no quiero nada con un pescado que habla. Ciertamente no os comeré. Decidme únicamente, bello pescado, ¿quien sois?

—Soy el antiguo rey Gambrino, dijo. Tengo aun que permanecer cincuenta años en el mar; en otro tiempo reiné sobre todas estas comarcas; estoy castigado por haber dado á mis súbditos la cerveza, con que se emborrachan. Si me tratas bien, buen pescador, seré reconocido.

—Nadad, pues, como os agrade, señor, dijo Tweek, y volvió á soltar el pescado en el mar. El antiguo rey, libre del anzuelo, desapareció al punto, dejando tras sí un pequeño surco sangriento.

El pescador, de vuelta á su cabaña, no dejó de referir á su muger que habia cogido un gran pescado que le habia hablado, y cómo le habia vuelto al mar.

—Y por qué no le has pedido algo? exclamó Lisbeth, que no estaba contenta. Si es el rey Gambrino quien inventó la cerveza, es un pescado muy poderoso. ¡Vivimos tan miserablemente en esta choza mal sana! Ten piedad de mí, buen Tweek: vuelve al punto, y dí al bello pescado que tendriamos gran necesidad de una cabaña mejor.

Tweek no se cuidaba mucho de ir á pedir al punto el precio de su buena obra. Sin embargo, no se atrevió á resistir á su muger; fué, pues, al mar; todavia estaba tranquila el agua, pero al tinte verde de por el dia se unia cierto aspecto amarillento; se inclinó:

—Hombre de mar, dijo, acude un momento. ¡Ay! muy á pesar mio estoy muy tarde en camino; pero me envia delante de tí mi muger Lisbeth.

—Habla, dijo el pescado, cuéntame tus cuitas.

Y apareció nadando sobre la líquida llanura.

—Tanto le desagrada, contestó el pescador, nuestra humilde cabaña á mi muger, que en lugar de aquella choza quisiéramos una mas cómoda con un bosquecillo. Hacedlo, si podeis, señor. Este es el deseo de mi muger, el tormento de mi vida.

—Vé, dijo el hombre de mar; porque tu muger tiene razon. La encontraras ya en su casa.

Tweek saltó de alegría y se volvió á su casa á grandes pasos. Bien pronto descubrió á su muger sentada á la puerta de una linda cabaña.

—Entra, amigo mío, dijo ella, y ve si no se está aquí mejor que en el barranco.

El pescador estaba maravillado. Había en la cabaña ó la casita, un portal, dos habitaciones y una cocina; un corralito estaba lleno de gallinas y patos; un jardín bien cuidado ostentaba frutas y flores; un bosquecillo de una fanega de tierra terminaba esta modesta posesión.

—¡Ah! ¡qué felices seremos! exclamó Tweek.

—Al menos procuraremos serlo, dijo Lisbeth; déjame obrar.

Todo fué muy bien en efecto durante quince días; y aunque Lisbeth suspirase de vez en cuando, el pescador estaba contento: porque tenía una buena cama y nada le faltaba. Pero al cabo estalló su muger á los diez y seis días.

—Marido, dijo, ya no puedo callar. ¿No conoces que hay pocas habitaciones en esta casita? El corral y el jardín son muy reducidos.

—¡Oh! ¡muger! dijo el dichoso Tweek, ¿qué mas puedes desear?

—Yo quisiera habitar en un castillo de piedra, respondió Lisbeth; hemos hecho mal. Anda, pues, á ver de nuevo el pescado, y dile que nos dé un bonito castillo de piedra con un gran parque, como le tienen los señores.

—Muger, dijo el pescador, no me atrevería á volver, estoy seguro que el pescado se encolerizaría. Debemos contentarnos con lo que tenemos.

—¡Imbecil! exclamó Lisbeth, dará de buena voluntad un castillo. ¿Qué le importa eso? Vé, si no quieres que yo me desespere.

Tweek, con el corazón entristecido, tomó el camino de la costa. La mar tenía un azul oscuro, pero tranquilo aun; se aproximó á él, y dijo:

—Hombre de mar, soy yo. Perdona si te llamo; pero Lisbeth te pide un nuevo favor.

—¿Qué necesita todavía? respondió el pescado.

—Quiere ahora una gran casa, un castillo; dispensad, monseñor; es el deseo de mi muger, el tormento de mi vida.

—Bien, replicó el pescado, después de un momento de silencio; que quede satisfecha.

Efectivamente, el pescador encontró á su muger á la puerta de una mansión.

—¿No es esto mucho mas bello que la casita? le dijo.

Entraron alegremente en el castillo, donde se apresuraban á servirles un gran número de criados, en habitaciones ricamente amuebladas, con tapices nuevos y sillas guarnecidas de oro. Delante del castillo había un bello jardín, y detrás un parque de mas de cien fanegas, lleno de ovejas, cabras, de conejos y venados. En el corral había caballerizas y establos.

—Esto si que es bello, dijo el pescador. Ahora viviremos felices y contentos en este gran castillo el resto de nuestros días.

—Lo espero, dijo su muger.

Pero al cabo de una semana, Lisbeth, al despertarse una mañana, dió á su marido con el codo, y le dijo:

—Levántate y seamos diligentes; aunque estamos bien, nada nos impide estar mejor. Es preciso que el hombre de mar nos haga reyes de todo el país.

—¡Oh! ¡muger! dijo Tweek espantado, ¿para qué desear ser reyes? Yo no quiero serlo. No me agrada. Se rodea uno

de perversos, se ve uno engañado por la fortuna, y le hacen traicion en las adversidades.

Y por otra parte, prosiguió, ¿cómo puedes tú ser reina? El pescado no puede hacerte reina.

—Marido, dijo Lisbeth; lo que quiero quiero: así no digo mas, y vé á buscar al pescado; porque yo debo ser reina, hay otras que lo son.

Tweek se puso en camino, exhalando grandes suspiros. El mar tenía un color gris sombrío y estaba cubierto de espuma. Exclamó vacilando:

—¡Oh hombre de mar! ven á escucharme; porque mi muger Lisbeth, el tormento de mi vida, me ha enviado para pedirte todavía una gracia.

—Y bien, dijo el pescado, ¿qué quiere al presente?

—¡Ay! quiere ser reina.

—Ve, dijo gravemente el hombre de mar; ya lo es.

El pescador se volvió, y cuando se aproximaba al palacio, vió una porción de soldados colocados en buen orden: oyó el sonido de los tambores y trompetas: entró y se restregó los ojos al ver á su muger sentada en un trono de oro y diamantes con una corona de oro sobre la frente, y á cada uno de sus lados, seis bonitas doncellas que se llevaban la cabeza una á otra.

—¡Ah; muger mia! exclamó: ¿eres reina?

—Sí, reina soy, respondió.

Y después de haberla mirado largo tiempo, replicó:

—¡Ay muger, qué bella cosa es ser reina! Ahora no tendrás ya mas que desear.

—No sé lo que sucederá, dijo la dama. Jamás se tiene demasiado.

Soy reina, dijo, es verdad. Pero comienzo á estar de ello fastidiada; creo que desearia mejor ser emperatriz.

—¡Ay! replicó el pescador, ¿por qué esa idea? sufres ya tanto siendo reina!

¿No comes á tus horas, y no en poca cantidad? nos perdemos en estas habitaciones. Por la noche estamos rendidos, la multitud que nos rodea se reiría de nosotros en nuestra cara si nouviésemos la corona.

María replicó friamente:

—Lisbeth, ve á ver al pescado. Te digo que me muero si no soy emperatriz.

—¡Ah! continuó el pobre hombre, el pescado no puede hacerte emperatriz, y jamás tendría yo cara para hacerle semejante petición.

—Lo mando, dijo la reina.

—Todo esto no traerá nada bueno; es pedir demasiado; el pescado se cansará.

Bien pronto llegó al mar, el agua estaba negra y alborotada; un violento torbellino la agitaba. Tweek avanzó y dijo de pronto:

—Hombre de mar, venid; porque todavía desca mas mi muger, el tormento de mi vida.

—¿Qué quiere de nuevo, dijo el pescado presentándose.

—Perdonad, replicó dulcemente el pescador, no es la culpa mia; pero ahora quiere ser emperatriz.

—Ve, pues, porque ya lo es, dijo el pescado sumergiéndose en seguida.

Al entrar Tweek, vió á su muger sentada en un gran trono de oro macizo, con una corona de dos pies sobre la cabeza. A cada uno de sus lados estaban colocados en fila soldados y servidores gradualmente, desde el mas alto gi-

gante hasta el enano de menos de un codo. Delante de ella habia príncipes, duques, margraves, barones y condes. Adelantose el pescador y levantando la cabeza:

—¡Muger! exclamó; ¿eres, pues, emperatriz?

—Si, contestó, soy emperatriz.

—¡Ah! tenias razon, prosiguió el pobre hombre; es una gran cosa ser emperatriz.

Mas al cabo de cuatro dias, frunciendo el ceño Lisbeth, se puso á decir:

—¿Por qué nos detendremos aqui? A tí te basta ser emperador, puedes contentarte con ello; en cuanto á mí, tengo necesidad de elevarme á mas altura todavía, y ahora quiero ser soberana de toda la tierra.

El pescador lleno de sorpresa sintió que le faltaban las fuerzas.

—¡Oh, muger, muger! exclamó, ó yo no he entendido, ó tú has perdido la cabeza.

—Yo no he perdido la cabeza, dijo ella, y tú has comprendido. Te repito que en adelante quiero ser soberana de toda la tierra.

—¿Quieres ser soberana de toda la tierra?... ¿Mas cómo puedes ser soberana de toda la tierra? ¡Eso es imposible!

—Marido, replicó secamente la muger, quiero serlo hoy mismo.

—Pero, añadió el pescador dando un gran suspiro, el pescado no puede hacerte soberana de toda la tierra.

—¿Cómo! exclamó la dama, si ha podido hacerme emperatriz, bien puede hacerme soberana de toda la tierra: ve, añadió con un tono mas suave, quiero que al menos lo intentes.

Cuando Tweek llegó á orillas del mar, los vientos eran furiosos; el Océano se agitaba como si sus ondas fuesen de aceite hirviendo; los navíos, rodeados de peligros, se precipitaban en las olas y estallaban con un ruido lúgubre. Un solo punto azul quedaba en el cielo; pero hacia el Occidente las capas de aires estaban rojas como en el instante en que se levantan las furiosas tempestades. De tal modo se espantó Tweek, que se puso á temblar; sus rodillas se entrechocaban. No pudiendo irse, sin embargo, sin haber llenado la mision de su muger, á la cual no se hubiera atrevido á mentir, se aproximó á la orilla y dijo en voz baja:

—¡Oh hombre de mar! todavia vengo á esponeros una petición; mi muger me envia...

—¿Qué quiere? dijo el pescado con una voz desapacible.

—No tiene bastantes dignidades. Quiere ser soberana de toda la tierra.

—Ve, pues, por que lo es ya, dijo el pescado, y se hundió.

Tweek, que habia caido de rodillas, se levantó mudo de sorpresa.

—Es mas cómodo que lo que yo creia, dijo. Este antiguo rey nada rehusa; yo era un tonto en tener miedo. El hecho es que mi muger tenia razon, prosiguió él entrando.

Vió á Lisbeth sentada sobre un trono que tenia trescientos pies de altura; una corona de treinta codos adornaba su cabeza; rodeada de una pompa inaudita, tenia en la mano un cetro de treinta varas. A cada lado de su trono se veian los embajadores de todas las córtes del mundo.

Lapones y beduinos, hombres negros y amarillos, pieles blancas y pieles rojas.

—Muger, dijo admirado, eres, pues, soberana de toda la tierra.

—Si, respondió ella, lo soy.

—¡Ah! es una cosa prodigiosa, continuó él, y deberias detenerte ahí, porque ya no puedes ser mas.

—Lo pensaré, contestó.

Y al día siguiente al salir el sol:

—¡Ah! dijo mirándole por la ventana; ¿no puedo impedir al sol que salga de ese modo? Montó en cólera, y en el instante, llamando á su marido:

—Ve á encontrar al pescado, exclamó, y dile que todavía quiero ser señora del sol y de la luna, que en adelante no saldrán sino á mi gusto.

El pobre hombre estaba medio dormido. De tal modo le confundió esta idea, que dió un salto de miedo y cayó de la cama.

—¡Ay! dijo las grandezas te vuelven loca.

—No, respondió Lisbeth, soy muy desgraciada, no puedo soportar ver al sol y la luna salir sin mi permiso. Ve prontamente á encontrar al hombre de mar.

Tweek se vistió, reflexionando que en efecto el pescado jamás le habia rehusado nada, y que su miedo era mal fundado. Volvió á la costa. Mas á medida que se aproximaba á ella volvía el espanto á su corazon y temblaba; porque un horrible huracán, que movia los árboles y las rocas se habia levantado de repente; el cielo se habia puesto negro, brillaban los relámpagos, y el trueno retumbaba con eco formidable; el mar estaba cubierto de vagas sombras, semeando montañas coronadas de blanca espuma. A pesar del bramido de las olas, exclamó el pescador:

—Hombre de mar, monseñor, venid. Es el deseo de mi muger Lisbeth el tormento de mi vida.

Aunque él mismo no habia oído sus propias palabras, el pescado salió.

—¡Todavía una petición de tu muger! dijo con una voz alterada que pasó como un soplo de viento.

—¡Ay! respondió Tweek, espero que al fin sea el último de sus deseos: ¡quiere ser señora del sol y de la luna!...

Entonces el pescado suspiró; luego respondió, volviéndole el lomo:

—Vuestros deseos han escedido á todo... volved á vuestro barranco.

Y en aquel barranco de donde habian salido, fué donde desde aquel momento acabaron el largo resto de su triste vida; Tweek resignado, pero Lisbeth soñando siempre con sus grandezas, recordando que habia sido reina, emperatriz, soberana de toda la tierra, suponiendo todavía, y diciéndole bajo sus harapos, á quien queria oír, que no habia estado en nada el ser dios....

Lectores, sirvaos de leccion ese ejemplo, y aprovechaos de él: sabed contentaros con poco y medid vuestro mérito. Cuando el bastante os abre los brazos, no sea vuestro ídolo el demasiado: buscando lo que uno no tiene, se nos escapa frecuentemente lo que tenemos.

J. M. G.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

COMPENSACION PROVIDENCIAL.

EL YUCCA FILAMENTOSO.—19 DE OCTUBRE DE 1840.

X..... ha llegado. Ordinariamente salgo cuando él entra: su excesiva agitacion me pone nerviosa y su conversacion me fatiga; pero esta tarde estaba demasiado cansada para hacer nada y no queria dejar á mi madre sola. Me eché sobre un sofá mientras que hablaban.

Mi espíritu vagaba frecuentemente; pero de tiempo en tiempo me fijaba en la conversacion, y á medida que escuchaba me llenaba de admiracion por las compensaciones providenciales.

Hé aqui un hombre aislado y que goza mas que nadie en el mundo, de un carácter caviloso, sin un objeto en que poner sus tiernas afecciones, sin amor, sin amigos. Yo no creo que un solo ser humano, esceptuando su anciana madre, se interese por él tanto como nosotros. Pocos le estiman mas. La enfermedad que á los ojos de los hombres ha herido y rechazado á un ser hácia la naturaleza, no le ha negado sus simpatías.

Sorprendida estaba de la exactitud de sus observaciones sobre sus animales favoritos. Ha llevado su intimidad con ellos á tal grado de perfeccion á que raramente llegan los que no son sus semejantes. No hay mala inteligencia entre él, sus perros y sus pájaros.

¡V las flores! Me causa placer el oírle. Pintaba todas sus graciosas posturas como un amante, no como un botánico. Su entrevista con la magnolia del lago de Pontchartrain era de lo mas romántico, y lo que ha dicho del yucca me ha parecido tan lindo que quiero escribirlo.

—«Había, decía, conservado durante seis ó siete años dos *yuccas filamentosos* sin que jamás hubiesen dado flor. No conocía la flor de aquella planta, no tenía idea alguna de las sensaciones que produce. En el mes de junio último descubrí un capullo sobre la que estaba mejor situada al sol. Una ó dos semanas despues la segunda, mas á la sombra, echó tambien capullo. Pensé que podría estudiarlas y seguir su florecimiento, una despues de la otra: ¡pero no! La que estaba mas favorecida aguardó á su compañera, y las dos se abrieron juntas precisamente en la época de la luna llena.

«Me chocó desde luego lo extraordinario de aquella circunstancia; pero desde que vi la flor á la claridad de la luna, la comprendí. Aquella planta es nacida para la luna como el heliótropo para el sol: se niega á toda otra influencia y no despliega su belleza á ninguna otra luz.

«La primera noche en que vi la flor, sentí una particular alegría, casi, puedo decir, un éxtasis. Una multitud de flores blancas son mucho mas bellas á la luz. La azucena, por ejemplo, con sus pétalos espesos y colorados de un blanco mate, tiene necesidad de gran luz para manifestarse en todo su brillo: empero los pétalos transparentes del yucca de un blanco verdoso que durante el día parecen tristes, se cambian á la mirada de la luna en un luminoso

plateado. Y no solamente hay plantas que no se revisten durante el día de su verdadero color, sino que hay plantas que, como tienen las flores en campana no pueden cerrarse una vez abiertas, al llegar el medio día inclinan sus pequeños florones, y su alto tallo no parece enderezarse sino para descubrir una mezquina insignificancia.

«Las hojas tambien en la noche se levantan esbeltas y se separan como las de palmera en abanico para dar lugar al tallo que durante el día está lánguido é incompleto. Estas orlas están trazadas desiguales cual si la naturaleza impaciente de pasar á una tarea mas agradable no las hubiese dado la última mano.

«El día que siguió á la noche en que yo habia visto mis *yuccas* tan hermosas, no podia concebir mi sorpresa. Pero cuando á la segunda noche volví al jardín, allí, bajo la mas viva claridad de la luna, se abrian mis queridas flores mas brillantes que nunca. El tallo hendía el aire cual una flecha, todas las campanitas se agrupaban en torno de él en el mas gracioso orden, con pétalos mas transparentes que el cristal y una luz mas dulce que el diamante: los contornos estaban limpiamente dibujados; hubiéraseles creído modelados por los mismos rayos de la luna. Las hojas que durante el día me habian parecido lácias, ahora semejaban bordados de la mas hermosa filigrana, y la planta podia revindicar con orgullo el epíteto distintivo de filamentosas.

«La contemplé hasta que mi emocion fué tan fuerte que traté de hacerla participar á otro. Me ocurrió entonces un pensamiento; me imaginé que aquella flor de la luna era el simbolo mas perfecto de la belleza y de la pureza femenil. Frecuentes ocasiones he tenido despues, de estudiar el yucca y comprobar por la observacion lo que tan poéticamente se me habia revelado, y eso que esta planta no florece sino en la luna llena y se complace en ocultar sus encantos al ojo brillante del sol para no revelarlos sino al ojo divino de la noche.»

Añadiremos á esta poética descripcion algunos detalles positivos sobre las diferentes especies del yucca, tan buscado por los aficionados á la horticultura y que recuerdan en los jardines la vegetacion de las palmeras.

Es originaria esta planta de América. El *yucca alvifolia* se emplea en la Jamaica para formar las cercas de los huertos: se multiplica rápidamente y forma excelentes barreras. Encierra en sus hojas una sustancia especial organizada, análoga al papel, tomando con facilidad toda clase de color, sobre el que se puede pintar como sobre papel de Bristol ó sobre porcelana, pudiendo adquirir toda clase de dimensiones sin romperse ni pudrirse por la humedad. Esta sustancia es muy propia para hacer flores artificiales, ligeros adornos de tocador, vasos y hasta sombreros.

El *yucca gloriosa* posee las mismas propiedades. Para obtener esta especie de papel no se necesita preparacion alguna. Se corta la hoja á lo largo de su nervio de en medio y despues se separa con el dedo la película que se encuentra en la superficie.

Los objetos preparados con esta materia papiracea son ligeros, elegantes y duraderos. De desear es que la cultura del *yucca* se introduzca en España. Se aclimata fácilmente esta planta. En Francia hay varios ejemplares de *yucca filamentosos*, particularmente en San Cloud. Para multiplicar los *yuccas* basta echar un tallo de este arbusto

en un basurero ó sobre una porcion de tierra preparada con basura y enterrarlo allí ligeramente. Despues no hay mas que aguardar.

Este tallo se cubre de vástagos que se separan de la corteza que se planta, y se obtiene sin trabajo y sin gasto lo que largos trabajos de jardinería no han podido conseguir



El yucca.